

Lila Zemborain. *El linaje escondido*. Rosario,
Beatriz Viterbo Editora, 2024. 177 pp.

Laura García¹

“Mamá hundió un barco”. Según Fogwill, ese fue el primer arranque de *Los pichiciegos*, construido a partir de una frase oída de su madre que, sentada ante el televisor, había exclamado con algarabía: “¡Hundimos un barco!” (*Los pichiciegos* 10). La inquietante inscripción de la subjetividad materna en una identidad nacional marcada a fuego por el relato militar dio inicio a la escritura de una novela donde, entre otras cosas, se problematiza el sentimiento de pertenencia a un imaginado común nacional que enardece y hace pedir sangre, una colectivización (“nosotros hundimos”) donde la responsabilidad personal (“mamá hundió”) se diluye.

En *El linaje escondido* (2024), Lila Zemborain se ocupa del hallazgo de un álbum de postales de Hitler entre las cosas de su abuela, Justa Dose de Zemborain, y una posterior investigación en su biblioteca, plagada de libros con esvásticas dibujadas con fervor. Al igual que en *Los pichiciegos*, la pregunta por la inscripción de la subjetividad en un nosotros es clave, solo que aquí el problema no es lo nacional, sino el ámbito familiar. A través de la forma de un diario escrito en segunda persona del singular, se construye un espacio íntimo y personal, al tiempo que se lo asedia y cuestiona a partir de dos ejes: la pertenencia (al linaje por parte de Lila, al nazismo por parte de Justa) y la responsabilidad (ante la familia, ante la verdad, pero también la que supone la adhesión a regímenes de muerte). Investigar y, sobre todo, sacar a

¹ **Laura García** es licenciada en Letras por la UBA y traductora por el IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández". Actualmente está finalizando su tesis para la Maestría en Literatura Argentina de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, titulada "Música de traducción. Los linajes poéticos en María Moreno, Diana Bellessi, Mirta Rosenberg". Es cofundadora del colectivo de traductoras Territorio de Ideas. Correo electrónico: laura.lucilag@gmail.com

la luz pública la existencia del álbum de postales y los libros cuyas marcas registran el fervor nazi de la abuela suponen una traición al propio linaje cuyo alcance se sopesa incesantemente.

El diario aparece entonces como registro de una obsesión y de una carga, bitácora de un viaje interno donde se anotan los estados de ánimo y las emociones turbias que acompañan dicho proceso. En ese sentido, no hay orden ni claridad, sino una sucesión de preguntas que surgen ante una verdad imposible de digerir. El cuerpo es el protagonista de esta historia de traslados en el tiempo (pues constantemente se vuelve al pasado de la infancia y la adolescencia en la última dictadura cívico-militar en Argentina), y en el espacio (de Nueva York, donde reside la autora desde 1985, a Monte, donde se encuentra la estancia familiar a la que vuelve cada verano y en la que Zemborain realiza su investigación).

La temporalidad es importante, ya que señala zonas mortíferas de la historia. En 1978, en plena dictadura y mientras su abuela agonizaba, Zemborain robó el álbum, que conservó durante décadas en su biblioteca. Este es quizás el primer gesto de traición, ya que altera la temporalidad de la herencia: robar lo que en un futuro quizás será propio, o robarle a la dueña el poder de decisión sobre ese objeto (de conservarlo o destruirlo), que a partir de ahora es una prueba, aunque esto también se formula como pregunta: “¿Es la prueba de lo que tu abuela era?” (15). En 2001, luego del atentado a las Torres Gemelas, aquel álbum “cobró vigencia a causa del olor que emanaba de la pila de deshechos” (7). Es en esos años posteriores al atentado que, por fin, comienza la escritura. El tema de la abuela nazi será una obsesión que la acompañará durante veinte años, el lapso que va desde la escritura del diario (2004) a su publicación (2024).

Pertenencia, decíamos, y responsabilidad. La pertenencia de la abuela al nazismo lleva a la formulación de una serie preguntas que se intentarán dilucidar (¿cómo y hasta cuándo fue nazi? ¿en qué medida? ¿por qué?). Entre ellas, está la pregunta por su responsabilidad ante las atrocidades cometidas

por el nazismo (¿la abuela hundió un barco?), una responsabilidad que, de alguna manera, la propia Zemborain habría heredado: “La presencia de las postales de Hitler te ubica en un lugar que, de alguna manera, consintió esta deflagración. ¿Pero sos acaso vos personalmente responsable? ¿Es tu abuela personalmente responsable?” (150).

Estas preguntas cobran una acuciante actualidad, en un momento de propagación de los discursos de odio y de una violencia cuya magnitud aún no es posible calcular. ¿Caben la indignación o la sorpresa ante el pasaje de la violencia simbólica y discursiva a la violencia material, contra los cuerpos? ¿Vale propugnar discursivamente la eliminación del otro y horrorizarse luego ante la eliminación del cuerpo del otro que el propio discurso alentó? Este problema, que ataña al vínculo entre el lenguaje y lo real, entre cuerpo y discurso, aparece con insistencia en *El linaje escondido*, pero trasladado al ámbito íntimo, personal. La metáfora se vuelve carne: ante lo indigerible, la protagonista de los diarios se descompone, vomita, no puede seguir: “Sin cuerpo, no hay cuerpo, no hay inscripción, inscripción negada, escandida; sin cuerpo, no hay olvido” (105).

En la relación de conflicto que establece Zemborain con su propio linaje, no obstante, no hay parricidio ni corte radical. Se ensaya otra forma de corte: la distancia y la elección de linajes nuevos, particularmente a través de la literatura. La responsabilidad ante ese linaje y ante la verdad aparece inevitablemente como culpa: ¿se traiciona a la familia o se traiciona a la verdad? La culpa y el deseo de expiación atraviesan el relato. Zemborain resuelve escogiendo una posición de no resolución: la ambigüedad, que reconoce al mismo tiempo el odio y el amor, el espanto y el afecto, ante una verdad que debe soportarse.² Lo que le permite a Zemborain habitar ese espacio ambiguo, de lucha y conflicto, es precisamente la literatura como espacio de indagación donde es posible mantener la tensión sin resolverla.

² Por otra parte, y esto es fundamental, no se trata de cualquier familia, sino de una vinculada con la oligarquía y, por ende, con la estructura del poder nacional.

Si *El linaje escondido* se presenta caótico y fragmentario, plagado de preguntas, es precisamente porque su tema no es tanto el problema de la abuela nazi, sino cómo abordarlo. Cómo entrar es una pregunta que se formula incesantemente, y se ensayan diversas posibilidades: la historia familiar, los recuerdos de infancia y juventud y, sobre todo, las lecturas. La imposibilidad de encontrar una forma de entrar deriva entonces en el enfoque ambiguo, que no puede decidir sobre una postura porque cualquiera de ellas supondría una traición. Así, dice Zemborain: “Todo es tan vasto y enorme, con tantas posiciones, calibrando tantos enfoques. Estás mareada de tanta información. Tratar de entender es interminable” (109).

El linaje escondido es también la bitácora de la preparación de otro libro, cuya estructura Zemborain relata hacia el final. Cabe señalar aquí que este libro forma parte de una serie de cuatro tomos que se irán publicando en Beatriz Viterbo: dos libros de no-ficción (*El linaje escondido* y *Cédula de identidad o el Laberinto de Chartres*), una recopilación de textos en prosa y en verso escritos entre 1974 y 1978 (*Birome Bic azul*) y un volumen de poemas ecfrásticos sobre las postales nazis (este último, *Álbum*, es el que parece describir la autora en las páginas de *El linaje escondido*).

Entre las notas y los apuntes, Zemborain hace un recorrido por lecturas en busca de respuestas y modelos. El modelo central, al tiempo que imposible, está en Proust. Se lo evoca oblicuamente en el relato de la génesis de la escritura (que comienza a partir de un estímulo sensorial, “el olor que emanaba de la pila de desechos” de los escombros del World Trade Center), pero también forma parte del folklore familiar. No solo porque la abuela aspiraba a ser, o creía ya ser, la princesa de Guermantes, sino también por los espacios de lujo y decadencia burguesa que transitaban los Zemborain. Pero además se señalan otros títulos que, en conjunto, componen una “Contra-lista” incluida al final de libro, después de la “Lista de libros con esvástica” de Justa Dose de Zemborain. Se trata de una serie diversa de títulos que incluye obras Bolaño, José Pablo Feinmann, Martín Kohan, Puig, Calveiro,

Sontag, Kristeva y Derrida, pero también los libros que escribió Justa Dose de Zemborain: *Tradiciones del río de la Plata* y *Vida heroica de Fray José de Zemborain*. En esa lista que Zemborain elabora en contra de las lecturas de su abuela comienza a advertirse la posibilidad de otro linaje, un linaje propio que no traiciona el legado familiar borrándolo sino que lo saca a la luz, lo conserva y lo recontextualiza, manteniendo su carácter ambiguo, unido al amor, al odio y al espanto.

Bibliografía

Fogwill, Rodolfo. *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Interzona, 2006.